



A propósito de la muestra

Diálogo fotográfico

entre Pedro Roth y Lucrecia Plat

Curadora: Daniela Zattara

Recuerdos del presente

La fotografía, una cultura del devenir

por Eduardo Wolovelsky¹

LA SOMBRA

Bajo el sol, la sombra nos revela la certeza de nuestra existencia. Erguidos, bloqueamos el paso de su luz para darle forma a una imagen cambiante que, sin embargo, reconocemos como propia. Mirando por debajo de nuestras ilusiones, su contraste en blanco y negro delinea el presente, nos dice que allí estamos, en un mundo a la vez bello y hostil.

La memoria es la sombra que se proyecta por la luz del tiempo. Es el perfil donde se amalgaman el presente y el pasado. Su maleable contorno nos cuenta sobre el sentido y la condición de nuestro ser. Pero la memoria humana es singular porque su figura se forma en gran parte con lo grabado en elementos tecnológicos ajenos a nuestra experiencia sensorial y a nuestra introspección. Estos complejos y diminutos artefactos portan retazos de nuestros recuerdos y por ello ayudan a definir el contorno de la sombra que nos acompaña aunque a veces nos resulte difícil saber si nos pertenece.

¹ Texto de Eduardo Wolovelsky a propósito de la muestra Diálogo fotográfico entre Pedro Roth y Lucrecia Plat con Curaduría de Daniela Zattara, exhibida la Fotogalería del Centro Cultural Rector Ricardo Rojas UBA, del 1° al 30 de agosto de 2024.



El partenón de libros, obra de Marta Minujín,
fotografía de Pedro Roth.

En portada: Retrato de Alejandra Pizarnik (1967) de Lucrecia Platt.

LAS FOTOGRAFÍAS

Una velada inquietud se desprende desde las imágenes que, en definida secuencia, contrastan con la pintura blanca y luminosa de la pared a la que están aferradas para no caer. Son fotografías de otro tiempo, son recuerdos, perspectivas, ilusiones, fracasos y esperanzas. Son personas y personajes que irrumpen para rearmar la historia que, aunque en principio nos puede ser ajena, poco a poco se vuelven parte de un recuerdo propio.

En el mundo de estas imágenes, el vértigo se detiene y el apuro del presente se disuelve para darle una oportunidad a emociones y sentires sobre la cronología reciente, percepciones que se deslizan con afable lentitud hacia la reflexión y el pensamiento.

Mientras vemos las fotografías de Lucrecia Plat y Pedro Roth, un personaje emerge desde el blanco y negro, desde los grises de las siluetas, para revelarnos la paradoja de estos tiempos en los que se clama una y otra vez por la memoria pero para no recordar. Vivimos en una omnipresente actualidad que olvida lo pasado a pesar de todas las prótesis tecnológicas que suplen a nuestra memoria neurológica. A falta de esfuerzo, y con la sensación de que no tiene coste alguno, una parte importante de la fotografía se ha vuelto banal, hipercromática, no conmueve ni es creíble y no porque se la pueda modificar digitalmente o porque pueda ser una creación de los programas “inteligentes” sino porque, en gran medida, ha pasado a ser solo una escenografía, una moneda para el puntaje social, para las redes, para la publicidad de nuestras vidas. Las fotografías se obtienen con la misma facilidad con las que se pierden: ¿donde han quedado almacenadas?



Marta Minujín en el montaje de su obra, *El partenón de libros*, fotografía de Pedro Roth.

EL PACTO

Peter Schlemihl, el protagonista del célebre relato de Adelbert von Chamisso le vende su sombra al diablo a cambio de una bolsa de inagotable riqueza. Pero, sin esa fiel compañera, la vida de Schlemihl pasa a ser un tormento de imposibilidades y por mucho que intente renunciar a su acuerdo, no podrá lograrlo. El pacto es por única vez y en un sentido. ¿Qué pactos estamos dispuestos a firmar? ¿Tendremos fotografías que nos cuenten quiénes hemos sido, quiénes somos y eventualmente cómo suponemos que seremos en el futuro o se habrán perdido en una maraña de imágenes, en una sobreabundancia de exposiciones a la lente? ¿Perderemos parte de nuestra sombra? No se trata de ser un apocalíptico sobre la fotografía y las tecnologías digitales ni tampoco de ser una evangelista que imagina un paraíso informático. De lo que sí se trata es de no renunciar a pensar en ello y no pactar como Schlemihl, con cándida inocencia, con el diablo de la conformidad. No es la búsqueda de la salvación o el derrotero de la condena sino de la posibilidad de ser artistas, de crear aquello que no está dado, de sugerir una mirada. Valga como epílogo el siguiente comentario sobre la obra de Manfred Osten, *La memoria robada*: Aunque estos sistemas [almacenamiento y procesamiento digital de datos] son cada vez más potentes y de ellos se espera que descarguen de trabajo a la memoria humana, se están volviendo cada vez más frágiles y, de ese modo, están propiciando la pérdida irreparable de la memoria cultural.



Retrato de Héctor Murena, fotografía de Lucrecia Platt.